

**Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*,
Capitan Swing, España, 2013.**

Chavs es un libro peculiar. No es una investigación periodística, aunque su autor ejerce ese oficio. No es un trabajo académico, aunque la inquietud que lo mueve y la insistencia con que desmembra su objeto son dignos de las mejores preguntas sociológicas. Es un ensayo de divulgación, basado en distintos tipos de documentos (informes gubernamentales, entrevistas realizadas por el autor, trabajos académicos y fuentes periodísticas), sobre la operación de demonización de la clase obrera en Inglaterra bajo el neoliberalismo, sus bases en la lucha de clases y sus principales responsables: los políticos y periodistas empeñados en establecer como nueva ley social post thatcherista una suerte de meritocracia de la clase media.

Disparado por una conversación entre jóvenes progresistas, cultos, universitarios, respetuosos de toda diversidad (excepto la de clase), este libro se origina en la siguiente pregunta: ¿cómo se volvió tan legítimo el desprecio de la clase media hacia los “chavs”? La respuesta se despliega en un libro de 10 capítulos y que va tomando distintas dimensiones para explicar por qué el sector más empobrecido de los trabajadores ingleses: el precariado, mayormente compuesto por jóvenes que trabajan en los *call center*, limpian oficinas, atienden cajas de supermercado, reparten pizza, son vistos con desprecio y culpabilizados de su propia situación, incluso por los sectores que se consideran progresistas.

Escrito por un Owen Jones de apenas 25 años, su primera edición en Inglés es de 2010 (editorial Verso). Esa fecha es significativa porque el libro fue escrito antes de las protestas estudiantiles en Inglaterra por la triplificación de la matrícula universitaria y antes también de las huelgas contra el ajuste que se desatan en 2011. En ese sentido, con su denuncia de una

demonización largamente construida como “burla del conquistador” (p. 297), Chavs se adelanta al ingreso de Inglaterra en la ola de protestas de los “conquistados”, protestas que combinan a los llamados “jóvenes sin futuro” con los trabajadores sindicalizados (como las huelgas generales en Grecia de 2010, los indignados de España y el movimiento Occupy de Estados Unidos, incluso las manifestaciones en el Brasil de 2013).

Con una estructura expositiva algo desordenada (que redundante en la repetición), el libro elige una serie de blancos sobre los que disparar para desandar el proceso de construcción del desprecio a los “chavs” y de su par complementario, el ideal de ser “clase media” como grupo al que pertenecen los que tienen mérito para ello.

Entre esos blancos, uno de los más destacados, son los medios masivos de comunicación y, particularmente, los periodistas. El libro empieza con el análisis del distinto tratamiento televisivo que tuvo el secuestro de una niña de clase media y el de una niña perteneciente a los barrios de viviendas municipales. La comparación de la permanencia de la noticia en los medios, de la caracterización de ambas madres, de las hipótesis (fácilmente transformadas en pruebas) de la relación entre el “entorno” y el propio secuestro, la utilización del desenlace para la estigmatización de toda la comunidad (y con ella, de toda la clase obrera) resulta abrumadora. Más adelante, la mirada es puesta en los programas de ficción. Allí el autor rastrea el comienzo de la configuración de la clase obrera como gente vaga, sin ambición, dejada, aprovechadora de la ayuda estatal. Y establece como uno de los hitos de esa caracterización la aparición de los personajes de ficción *Wayne y Wanetta Slob* en 1990. Más cercano en el tiempo, toma el ejemplo de la serie *White* (2007) que termina caricaturizando a los trabajadores blancos como racistas y votantes del BNP (Partido Nacional Británico, de extrema derecha), amenazados por la inmigración masiva; o el personaje de Vicky Pollard en *Little Britain*, “presentada como una grotesca madre soltera adolescente de clase trabajadora, promiscua, incapaz de hilar una frase y con muy serios problemas de actitud. En un *sketch* cambia a su bebé por un CD de West-life. En otro, cuando le recuerdan que se lleve el bebé a casa, replica: ‘Oh, no, está bien, puedes quedártelo. Total, tengo muchos más’” (p. 156); o la familia Gallagher en *Shameless*, cuya trama sucede en un ficticio barrio de protección oficial de Chatsworth, en Manchester.

Pero quizás, una de las descripciones más sorprendentes es la de la aparición en 2003 de una página web “ChavScum” (escoria chav) con una bajada que decía “La subclase de palurdos británicos que están invadiendo nuestros pueblos y ciudades”; o de *El pequeño libro de los chavs* de Lee Bok que tuvo 8 reimpressiones (al menos eso consignaron sus editores), y de su secuela *Guía chav para la vida*, o *Chav: guía de uso para la nueva clase dirigente británica*. Todas publicaciones que van desde denostar de todas las formas posibles a los chavs hasta preguntarse qué hacer con ellos.

Jones establece en 2004 el año en que el odio a los chavs se naturalizó en la prensa mayoritaria con chistes en el Daily Mail como: “En qué se

diferencia una chavette del duque de York? Pues en que el Duque de York solo tenía 10.000 hombres” (p. 140). La sexualidad, alimentación, forma de vestirse, el supuesto alcoholismo (aunque las cifras de las investigaciones dieran a la clase media como el sector más bebedor de Inglaterra), los modales, pasaron a ser objetos de burla legitimados.

Esta demonización que reconstruye en los medios es contrapuesta en el libro a tres fenómenos que constituyen sus pilares materiales. El primero, las contrarreformas neoliberales de Thatcher y sus consecuencias en la destrucción de las condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera inglesa (y con ellas, la destrucción de su prestigio). En este aspecto resulta muy interesante el eje puesto en la política de vivienda desde 1979 (con la “ley del derecho a compra”) en adelante y cómo el deterioro continuo de la política de viviendas de alquiler subsidiadas por el Estado redundó en una guetificación de las comunidades obreras hoy sindicadas como geografía de todos los males. El segundo, la destrucción de los sindicatos en que describe una triple estrategia gubernamental consistente en un ataque directo a la organización sindical en el Estado, una serie de prerrogativas a los empresarios en el sector privado (de modo de constituir un ataque indirecto) y la altísima tasa de desempleo como disciplinador general. Esa estrategia explica el pasaje de un 50% de trabajadores sindicalizados en 1979 a cerca del 33% en la actualidad. El tercero, el cambio de política del “nuevo laborismo” que podría resumirse en la frase de Tony Blair: “La nueva gran Bretaña es una meritocracia. Si el nuevo laborismo tuviera religión seguramente sería la meritocracia” (p. 120). Jones describe la adopción, por la inmensa mayoría de los laboristas, del discurso de entronización de las clases medias y su consecuente negación de la desigualdad como desigualdad de clase, y el cambio de terminología hacia el discurso de la exclusión social como cambio en la responsabilidad de la situación social. Dice: “La clase es algo que me viene *dado*. La exclusión es algo que me *sucede* y en lo que de alguna manera soy un agente” (p. 124). Analiza así la meritocracia (eje del discurso laborista) como algo que “acaba convirtiéndose en una sanción oficial de las desigualdades existentes, redefiniéndolas como merecidas” (p. 121).

Recorriendo el conjunto del libro puede percibirse una nostalgia que será también el mayor límite del libro: la nostalgia por el viejo laborismo. En su recurrente mistificación de la clase obrera de posguerra y de sus instituciones (los sindicatos) se pierde la posibilidad de la pregunta acerca de cuáles fueron las causas del giro económico y socio-político que comienza con Thatcher y continúa con el nuevo laborismo. De este modo, una descripción inteligente (e indignante) pareciera, por momentos, que atribuye la demonización a un odio de clase que, sin duda existente, no se explica por sí mismo.

Paula Varela (UBA, Conicet)